

TRAUMA GENERALIZADO: DEL PROGRAMA PARA LA FELICIDAD A ÑA DESCRIPCION CIENTÍFICA DEL MUNDO

*Marcos Andrés Bainotti
Pablo Martín Moyano*

En 1930, S. Freud publica *El malestar en la cultura*, un texto de entre guerras que ha oficiado de oráculo al horror que se aprontaba. Podría decirse que allí Freud elucida la imposibilidad de la dicha (felicidad) como regla en el ser hablante. De hecho el título del libro iba a ser “La infelicidad en la cultura” (Freud, 1930 [1992]: 60). El texto es un tratado sobre la felicidad, en donde Freud manifiesta que toda época construye un *programa* para la misma, el cual está irremediabilmente conducido a fallar producto de la emergencia de un real que lo hace impracticable.

Fallado el recurso a la religión como sostén y promesa de felicidad para la masa, y tomado el relevo por parte de la ciencia, Freud afirmará que tampoco ésta puede hacer cumplible la dicha. Dirá que “los progresos técnicos tienen valor nulo para nuestra economía de felicidad” (*ibídem*: 80). Dirá también que el avance tecnológico sólo puede otorgar placer momentáneo, anunciando el mecanismo de consumo desaforado posmoderno como medio para el goce constante.

Freud define que la felicidad está determinada por el *programa* del principio del placer, el cual, gobernando las operaciones del aparato anímico, “entra en querella con el mundo entero” (*ibídem*: 76) haciéndolo irrealizable. No obstante, afirma que en la singularidad habría una vía de solución puesto que se trata de un problema de la economía libidinal del individuo. Vale decir, se trata de una

solución ajustada al caso por caso y no de una solución vía una política masiva, la cual siempre dejará en el descontento a algunos o la inmensa mayoría. De hecho el psicoanálisis se trata de una terapéutica que, al operar sobre la economía libidinal de un sujeto, intenta hacer posible y soportable la vida junto a otros sin resignar el placer singular, ni adaptarlo u homogeneizarlo. Por tal motivo, para Freud la palabra *cultura* designa “toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres” (*ibídem*: 88)

Ahora bien, en la literatura psicoanalítica observamos que el *malestar* actual se define por ser el de una “época del trauma generalizado” (Laurent, 2009; Torres, 2006; Belaga y Sotelo, 2009). Dicho sintagma implica la *extensión* del concepto trauma del ámbito de la clínica al de la cultura, a partir de los años 80; de allí que hablemos de una clínica de la civilización.

Factores de la extensión

Para Laurent (2009), hay dos factores que participan en la extensión de la clínica del trauma: en primer lugar, en relación a la experiencia psiquiátrica de dar tratamiento y rehabilitación a soldados traumatizados por la guerra. No solo se trata del tratamiento en el frente de batalla como lo supo observar Freud, sino del rol humanitario pos-guerra como política de Estado, que tiene una deuda con los

ciudadanos-soldados que estuvieron en el horror. Esta extensión de la terapéutica, del frente de batalla (guerra) a la ciudad (pos-guerra), es un paso hacia el segundo factor señalado por el autor: *la patología civil* del trauma. De modo que más allá de los efectos de la guerra, este factor señala la extensión de la clínica del trauma a toda experiencia que ponga en riesgo la seguridad o la salud del sujeto. La patología civil del trauma estará ligada a peligros, tales como: “catástrofe técnica, accidente individual o colectivo, agresión individual o atentado, guerra y violación, etc.” (Laurent, 2009: 16)

Justificación de la extensión

La extensión señalada se debe y justifica por un fenómeno que se sitúa en interfaz entre la descripción científica del mundo y un fenómeno cultural que lo excede. Es decir, el empuje de la ciencia por objetivar el mundo circundante, persiguiendo una precisión de cálculo sobre los riesgos posibles, hace existir una causalidad programada. Esto conlleva, como plantea Eric Laurent a que:

A medida que nos beneficiamos de una mejor descripción científica del mundo, es que toman consistencia el síndrome de *stress post-traumático*, ligado a la irrupción de una causa no programable, y la tendencia a describir el mundo a partir del trauma. Todo lo que no es programable deviene trauma (2009 2.2)

Con lo cual la vida cotidiana está bañada de pregnancias discursivas que crean la ilusión de un todo programable. Vale decir que ante la aparición de un real no tenido en cuenta que irrumpe sorpresivamente, plantea una falla al programa de la ciencia (o al programa de la felicidad definido por Freud). Luego, ya que la ciencia en tanto discurso ubicado como verdadero y de supuesta consistencia, oficiando como referencia y depositario de creencias para las sociedades contemporáneas, hará que lo no programable, ni prevenible, sorpresivo, etc., devenga malestar y escándalo. Es decir, lo que sobrepasa o “desborda en la cultura de la causalidad programada es llamado el escándalo del trauma” (Laurent, 2002: 2).

En síntesis, el sintagma del *trauma generalizado* soporta una enorme paradoja contemporánea, a saber: mientras más incertidumbre, más se programa la cotidianeidad, a la vez que el programa de causalidad queda expuesto al fracaso y al escándalo y a necesitar de otro programa que supere el defecto, y así sucesivamente. Este circuito que se retroalimenta a sí mismo, no es casual, Freud lo describió como el modo en que funciona el superyó y Lacan (articulando la plusvalía de Marx) definió la ferocidad del superyó en función del imperativo de goce que define el consumismo. Es decir, “la pulsión de muerte en acto en la preponderancia adquirida por el discurso científico, sus avances prodigiosos, su verdadero frenesí...” (Miller, 2008: 7)

La descripción científica del mundo: el discurso de la ciencia

El discurso científico intenta erigirse como un modelo discursivo hegemónico totalizador, con el objetivo de sesgar toda emergencia subjetiva, intentando apoderarse o actuar sobre la realidad, como si esta fuera algo dado o de existencia *per se*, independientemente del sujeto singular productor de sentido. Esta suposición no surge *ex-nihilo*, sino que está sustentada en la instanciación del discurso científico en tanto ordenador aséptico

Espeular con la existencia de este tipo de idealizaciones plantea una pretensión ingenua de ciencia ideal donde todo proceso es controlable según prescripciones esterilizadas universalizantes; que niegan la “*difference*”, lo singular.

A través de su discurso ordenador, la ciencia intenta evitar la ruptura del enlace significativo, aspirando a la existencia de un sujeto normalizado, adherido al “dogmatismo científico”, coartando al sujeto de la enunciación en pos de un sujeto aplastado en el enunciado intentando rectificar el goce, sistematizarlo en una puja por darle un cauce calculado. Vale decir que, el discurso científico no piensa al sujeto como dividido y, como sostiene Lacan (2001), lo deja encerrado en el círculo infernal de la demanda, desestimando de esta manera todo deseo, y apelando solo a la necesidad.

Ahora bien, pero estos esfuerzos no pueden ser exitosos en su totalidad si suponemos que un encausamiento en tal sentido se contrapone a la concepción de sujeto como ser de enunciación, ya que el goce no es solo inevitable sino indomeñable. De allí que podemos pensar que toda propuesta objetivante del discurso científico implique la perpetuación de una maquinaria significativa que la podemos definir en términos de prometer – decepcionar. Esta maquinaria define el principio de felicidad obligatoria que rige nuestra contemporaneidad, la cual cabalga sobre objetos tales como, fármacos, drogas o soluciones inmediatas, el consumo sin freno, etc

Hay así una mortificación del deseo, porque las fórmulas del cálculo universalizante de, por ejemplo la MBE (Medicina basada en la Evidencia) y los *vademécum* farmacológicos, producen un achatamiento subjetivo que no da lugar a la angustia constituyente de la soledad del acto, que tiene como objetivo ordenar los objetos en los orificios del cuerpo y establecer de esta manera una modalidad de goce singular. Desde esta perspectiva, la ciencia siempre será un leviatán rengo introduciendo píldoras.

Apelando a la interpretación subjetiva, se puede localizar que es lo que el fármaco hace consistir cuando toma el lugar de objeto semblante que obtura la falta, porque el fármaco no es un ideal, sino un objeto a liberado. Es decir, el fármaco como tapón. Es así que, mientras los paradigmas biologicistas o conductuales capturan la aparición del “milagro del síntoma” (García, 2008) y lo incorporan a la ingeniería médica, obturan toda subjetivación.

El psicoanálisis se posiciona en las antípodas teniendo en cuenta que la significación siempre es resistida por el significante, no toma al lenguaje como unívoco y evita la modulación universal despegando el plano imaginario del simbólico.

El programa de causalidad de la ciencia y el imperativo superyoico

Ahora bien, más arriba se ha planteado que el discurso de la ciencia se erige en una promesa de restitución perpetua de las fallas de la causalidad programada con sus certezas sobre sus poderes para acertar en la descripción total del mundo. Y como se señaló su operatoria es homóloga al circuito y modalidad de funcionamiento del superyó freudiano.

Freud situó al superyó como aquella instancia paradójica de la segunda tópica que prohibía el goce, al tiempo que exigía más. Paradoja que explica Freud en el *Malestar en la cultura*, del siguiente modo:

Al comienzo, la conciencia moral (mejor dicho: la angustia, que más tarde deviene conciencia moral) es por cierto causa de la renuncia de lo pulsional, pero esa relación se invierte después. Cada renuncia de lo pulsional deviene ahora una fuente dinámica de la conciencia moral; cada nueva renuncia aumenta su severidad e intolerancia, y estaríamos tentados de profesar una tesis paradójica...La conciencia moral es la consecuencia de la renuncia de lo pulsional; de otro modo: La renuncia de lo pulsional (impuesta a nosotros desde afuera) crea la conciencia moral, que después reclama más y más renunciaciones (Freud, 1930, [1992]: p.124).

Entonces, el superyó como plantea Szwarc (2011), en post del bienestar del sujeto, lo hace para la pulsión de muerte, la cual figurada en el superyó funciona hace de antiprograma al programa de la felicidad o del principio del placer.

Referencias bibliográficas

Freud, S. (1992) El malestar en la cultura (1930), en Obras Completas Sigmund Freud, Vol. 21. Buenos Aires: Amorrortu.

García, G. (2006) El psicoanálisis y las terapias milagrosas. Pensamiento de los Confines. N°18. Buenos Aires: Fondo de la Cultura Económica. pp.179-184

Lacan, J. (2004) *El reverso del psicoanálisis*. Seminario 17 (1969-1970). Buenos Aires: Paidós.

Laurent, E. (2002) El revés del trauma, en Virtualia Revista digital del Escuela de la Orientación Lacaniana, Año 2, N° 6. Buenos Aires: EOL, pp. 2-7.

Laurent, E. (2007) "Big Felicidad" (Conferencia de Eric Laurent Paseo La Plaza, Sala Pablo Neruda). Disponible en <http://es.scribd.com/doc/54582622/Eric-Laurent-Confer-en-CIA-Big-Felicidad>, consultado el 2 de Julio de 2012.

Laurent, E. (2009) El revés del trauma, en Sotelo, I. (Comp.) *Perspectivas de la clínica de la urgencia*. Buenos Aires: Grama, pp. 13-22.

Miller, J. (2008) El porvenir de Mycoplasma laboratorium, en El caldero de la Escuela, N° 6. Buenos Aires: EOL, pp. 5-12.

Sotelo, I. y Belaga, G. (2009) Trauma, ansiedad y síntoma: lecturas y respuestas clínicas, en Sotelo, I. (Comp.) *Perspectivas de la clínica de la urgencia*. Buenos Aires: Grama, pp. 31-36.

Szwarc, S. El orden simbólico en el siglo XXI Un quiebre estructural. Disponible en <http://virtualia.eol.org.ar/023/template.asp?El-Orden-simbolico-en-el-siglo-XXI/Un-quiebre-estructural.html>

Torres, M. (2006) Actualidad de los debates freudianos en la civilización del trauma, en Virtualia Revista digital del Escuela de la Orientación Lacaniana, Año 5, N° Especial. Buenos Aires: EOL, pp. 2-5.